

Catecumenado y transformaciones culturales y antropológicas en Europa¹

Walter Ruspi

Vicario Episcopal de Evangelización de la diócesis de Novara

RESUMEN

Esta comunicación se propone relacionar el Catecumenado y las transformaciones culturales y antropológicas en Europa con el deseo de perfilar una lectura ligada estrechamente al desarrollo catecumenal en la Iglesia y a las exigencias de dar respuesta a los constantes interrogantes de las personas. No es un análisis sociológico «general», sino una lectura «específica» realizada por la Iglesia en orden a la evangelización y a la necesidad de salir al encuentro de las personas.

PALABRAS CLAVE

Catecumenado
Diálogo
Cultura
RICA
Acompañamiento

¹ Artículo publicado en *Catechesis*, año 85, 2015-2016, n. 2 con el título *Catecumenado y transformaciones culturales y antropológicas en Italia y en Europa* y traducido por el departamento.

1. Una toma de conciencia que molesta

El Concilio Vaticano II no solo pidió restablecer el Catecumenado en la Iglesia (SC, n. 64) y señaló un camino de conversión que va de la evangelización a la eucaristía con el decreto *Ad gentes* (AG, n. 14), sino que abrió la Iglesia al diálogo con las culturas (GS, n. 23), poniendo en marcha una toma de conciencia, seria e incisiva, por parte de las comunidades cristianas acerca del profundo cambio social y antropológico del momento.

Recogemos algunos pasajes, propuestos posteriormente en el Sínodo especial sobre Europa de 1999, que concluyó con la exhortación apostólica *Ecclesia in Europa* del papa Juan Pablo II en 2003.

2. El Concilio Vaticano II (1965): *Gaudium et spes*, nn. 4-10

«La humanidad se encuentra hoy en un nuevo período de su historia en el que profundos y rápidos cambios se extienden progresivamente a todo el universo. Provocados por la inteligencia y la destreza creadora del hombre, reinciden sobre el mismo hombre, sobre sus juicios y deseos individuales y colectivos, sobre su modo de pensar y de actuar con respecto a las cosas y a los hombres. De ahí que podamos ya hablar de una auténtica transformación social y cultural, que repercute también en la vida religiosa. [...] Esta evolución del mundo desafía a los hombres, más aún, les obliga a dar una respuesta» (GS, n. 4).

El Concilio enumera las profundas transformaciones sociales que involucran a la familia, la economía, los medios de comunicación, cambios que globalizan las relaciones e impulsan a diversas naciones hacia movimientos migratorios. El cambio de mentalidad y de estructuras dificulta la transmisión de los valores morales y religiosos, sobre todo entre los jóvenes: crecientes multitudes se separan en la práctica de la religión.

«Los desequilibrios que sufre el mundo moderno están relacionados con aquel otro desequilibrio más fundamental que tiene sus raíces en el corazón del hombre. [...] Cada vez son más numerosos los que plantean o advierten con una agudeza nueva las cuestiones totalmente fundamentales: ¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, que, a pesar de tantos progresos, continúan subsistiendo? [...] ¿Qué seguirá después de esta vida terrena?» (GS, n. 10).

3. *Ecclesia in Europa* (2003): Desafíos y señales de esperanza para la Iglesia en Europa

Cuarenta años después, con ocasión del Sínodo para la Iglesia en Europa convocado por Juan Pablo II, la lectura de la transformación ocurrida se vuelve más precisa al mirar a las naciones del viejo continente.

Ante todo, se denuncia un período de extravío. Muchos hombres y mujeres parecen desorientados, llenos de incertidumbre, sin esperanza; y no son pocos los cristianos que comparten estos estados de ánimo. Son numerosas las *señales preocupantes*: la *pérdida de la memoria y de la herencia cristiana*, acompañada por una especie de agnosticismo práctico y de indiferencia religiosa, por lo que muchos europeos dan la impresión de vivir sin formación espiritual; una especie de *miedo a afrontar el futuro*; una *fragmentación generalizada de la existencia*; prevalece una sensación de soledad; se multiplican las divisiones y las contraposiciones. Junto con la difusión del individualismo, se nota una *creciente disminución de la solidaridad* interpersonal. En este horizonte, emerge una *nueva cultura*, con características y contenidos que contrastan a menudo con el Evangelio y con la dignidad de la persona humana.

«Pero “*el hombre no puede vivir sin esperanza*: su vida, condenada a la insignificancia, se convertiría en insoportable”. Frecuentemente, quien tiene necesidad de esperanza piensa poder saciarla con realidades efímeras y frágiles. [...] Sin embargo, todo esto se demuestra sumamente ilusorio e incapaz de satisfacer la sed de felicidad que el corazón del hombre continúa sintiendo dentro de sí» (EE, n. 10).

«En varias partes de Europa *se necesita un primer anuncio del Evangelio*: crece el número de las personas no bautizadas, sea por la notable presencia de emigrantes pertenecientes a otras religiones, sea porque también los hijos de familias de tradición cristiana no han recibido el bautismo, unas veces por la dominación comunista y otras por una indiferencia religiosa generalizada. De hecho, Europa ha pasado a formar parte de aquellos lugares tradicionalmente cristianos en los que, además de una nueva evangelización, en ciertos casos se impone una primera evangelización. [...] En el “viejo” continente existen también amplios sectores sociales y culturales en los que es necesaria una verdadera y auténtica *misión ad gentes*» (EE, n. 46).

4. Constataciones

Como ejemplo, se toman en consideración dos áreas geográficas y culturales siguiendo un orden cronológico: el área latina con Francia (1977) e Italia (1987 y 1997), y el área germánica con Alemania (2004) y Austria (2012).

4.1 Francia. Crisis social y búsqueda de un Catecumenado adecuado (1977)

Durante el encuentro nacional francés de 1977 en Issy, los participantes afrontaron este interrogante: «El Catecumenado: ¿un futuro para la Iglesia?».

Después de las primeras experiencias que se estaban consolidando en algunos países de Europa, se advertía la exigencia de realizar una comparación para afrontar las situaciones de abandono de los nuevos conversos. Se tenía la impresión de que la institución catecumenal usaba esquemas del pasado, que la catequesis y la liturgia eran inadecuadas y que se empleaba este ministerio para integrar nuevos cristianos a un sistema eclesial antiguo. Por estos motivos se exigía que la Iglesia estuviese atenta al catecúmeno, se dejase interpelar por él y respetase su propio mundo cultural. El Catecumenado debía ponerse con más claridad al servicio de la conversión a Jesucristo; para este objetivo se pedía revisar el lenguaje de la Iglesia, interesarse en la acogida antes de proponer peticiones, coordinar el Catecumenado con toda la pastoral. Había necesidad de un «nuevo Catecumenado» y debían consolidarse las nuevas experiencias de vida comunitaria. La historia del Catecumenado en Francia recuerda cómo antes de la Segunda Guerra mundial casi no existía en Europa el bautismo de adultos. Normalmente, la petición del sacramento se hacía con ocasión del matrimonio cristiano o por cualquier motivo secundario. En el clima de excitación causado por la guerra y como consecuencia del testimonio y del compromiso de cristianos militantes, hubo un notable incremento de conversiones de adultos no bautizados. La mayor parte de los nuevos conversos no estaban bautizados, ya que, en determinadas zonas industriales o urbanas francesas, ya desde hacía algunos años, un tercio de los niños no estaban bautizados. Por otro lado, a causa de las migraciones, a las regiones europeas industrializadas se transfirieron trabajadores del Tercer Mundo que no tenían ninguna tradición cristiana².

2 B. GUILLARD, *Evangelización y Catecumenado en Francia*. Concilio 3 (1967), 2, 166-175.

Hacia los años 70 irrumpe en el Catecumenado una nueva preocupación: el problema de la indiferencia religiosa, la secularización y, como consecuencia, la crisis dentro de la Iglesia. Junto con la disminución de las peticiones de bautismo, se extiende la indiferencia religiosa, en un cambio de premisas culturales y de la imagen de la Iglesia.

Se siente así la necesidad de desarrollar una metodología con nuevas perspectivas, más cercanas a la situación; en lugar de encerrarse, era necesario salir para buscar y reunir a las personas allí donde buscan caminos y proponen interrogantes. Salir para encontrar a quien busca a Dios, para crear espacios de acogida y de diálogo. Se ve con claridad que a la Iglesia le faltaban lugares de acogida en los que se pudiesen proponer cuestiones. Era necesario escuchar antes que impartir sacramentos. Era necesario revisar el lenguaje de la Iglesia y cómo los catecúmenos debían ser acogidos en las comunidades parroquiales, puesto que el entorno relacional de las parroquias lo hacía difícilmente atrayente.

4.2 Italia

4.2.1 El cardenal Martini (1987)

El cardenal Carlo María Martini, arzobispo de Milán y presidente de la Conferencia Episcopal Europea, al leer la situación actual en Italia con ocasión del encuentro de Eurocat –Catecumenados europeos– (1987) en Gazzada, diócesis de Milán, ponía de relieve dos fenómenos frente a los cuales las comunidades no se encuentran todavía preparadas ya sea para comprenderlos o para hacer una propuesta eclesial completa. «En primer lugar, un número siempre creciente de adultos, de jóvenes, de muchachos piden el bautismo. Es un fenómeno que ha comenzado en estos años para el que no sabemos bien, todavía, qué línea seguir, pero que es ciertamente muy importante y no nos encuentra bien preparados. En segundo lugar, un número verdaderamente grande de bautizados debe hacer de nuevo el camino de su propia iniciación cristiana, e incluso, afrontarlo por primera vez, puesto que muchas de las familias que a su tiempo pidieron el bautismo para sus hijos, nos les dieron después nada más. Para estos el bautismo no ha tenido ninguna influencia palpable en sus vidas y deben comenzar de nuevo».

El cardenal ponía de relieve que el tema era de gran importancia para la Iglesia, puesto que si antes la iniciación cristiana venía asegurada por las familias, ahora es la comunidad la que debe hacerse cargo de ella. El cardenal indicaba también los riesgos de elitismo

en la comunidad que pueden originarse con la iniciación (o la re-iniciación) por separado en las parroquias, porque se formarían dos comunidades: la de los iniciados y la de los no iniciados (los demás cristianos). Por lo tanto, es necesario que toda la comunidad de los cristianos se interese por la iniciación y se comprometa con la evangelización.

4.2.2 *La Conferencia Episcopal Italiana (1997)*

El primer acto concreto a nivel nacional para discernir una realidad de la cual se hablaba desde hacía un decenio, fue una Nota pastoral de la Conferencia Episcopal Italiana en 1997: también en Italia se presentaban jóvenes y adultos que pedían ser cristianos. No eran tan solo personas que provenían, en una época de grandes y sufridas migraciones, de otras civilizaciones y culturas deseosas de integrarse en el mundo occidental «cristiano»; sino que eran también italianos que no habiendo recibido el bautismo a temprana edad, por diversos motivos, deseaban ahora abrirse a la fe y ser cristianos.

La paganización generalizada de la sociedad neoburguesa que suprime el papel de la Iglesia institucional (reducida a una agencia de servicio presente en el territorio) y la negación de la dimensión religiosa, recluida al ámbito privado, o el rechazo de algunos valores y perspectivas de sello cristiano volvían más inestables y difusos los límites entre la fe cristiana y la no fe. *El Catecumenado se redescubría como un auténtico signo de los tiempos, un kairós, fermento de renovación eclesial, en clave de evangelización.*

El Consejo Episcopal Permanente de la CEI con su *Nota* afirmaba: «La elección del Catecumenado constituye una oportunidad particular para la renovación de las comunidades cristianas. La puesta en acción de una pastoral catecumenal permite a la Iglesia local abrirse a un nuevo compromiso misionero. A veces la inercia, las reservas injustificadas o la escasa convicción frenan la acción del Catecumenado. A menudo las comunidades cristianas permanecen replegadas sobre sí mismas. Absorbidas por su propia pastoral interna, no llegan a imaginar que otros puedan desear adherirse al Evangelio si se les diese la oportunidad. De hecho, rara vez existe en nuestras comunidades eclesiales un proceso serio, y adecuadamente programado, de iniciación cristiana conforme al RICA, para suscitar, acoger y acompañar a los nuevos creyentes.

El Catecumenado es una función esencial de la Iglesia. En una pastoral de evangelización, la elección catecumenal debe pasar de experiencia marginal o excepcional a práctica ordinaria. El Catecumenado no es algo añadido, sino un momento fundamental de la actividad de nuestras

comunidades eclesiales, aunque en el presente sean pocos los adultos que piden explícitamente el bautismo»³.

Como comentario de este primer documento del episcopado italiano, se pueden recordar las consideraciones hechas en estos años en el debate catequético: los catecúmenos son un don y una «oportunidad» para la Iglesia. Estos procesos no pueden pensarse en clave de conservación o de recuperación: sería muy grande el peligro de la *desilusión*. Son experiencias que se conciben en función de un proyecto renovado de la Iglesia para «crear» Iglesia. La elección por el Catecumenado debe significar una *verdadera revolución epocal en nuestra praxis pastoral*: representa el paso de una pastoral de mantenimiento, en el contexto de la tradición de la «cristiandad», a una pastoral de *refundación y recualificación* de la experiencia cristiana y de *proyección misionera*⁴.

5. Transformaciones

5.1 Alemania. Un tiempo de cambio (2004)

Los «signos de los tiempos» que señalaba el Concilio Vaticano II, exigen, según el episcopado alemán, una renovación y una profundización. Ha sido sobre todo la evolución social la que ha determinado una transformación de los comportamientos y las concesiones en el campo religioso. Se ha pasado de un cristianismo de masa, mantenido por la sociedad, a una religiosidad pluralizada, individualizada, que se ha distanciado cada vez más de las formas eclesiales de la vida religiosa.

«La evolución social de los últimos veinte años del siglo XX ha provocado profundas transformaciones. La confusión de contextos existenciales complejos, la oferta pluralizada de sistemas con sentido y valor “igualmente válidos”, dan a las personas reclamos nuevos e inéditos sobre la elección y la configuración de su propia vida. Entre las múltiples voces que prometen una vida significativa y plenamente realizada, el mensaje cristiano es una entre tantas; la fe cristiana es una oferta que debe demostrar su propia plausibilidad en un concierto a varias voces con otros ofertantes»⁵.

3 CONSEJO EPISCOPAL PERMANENTE, *La iniciación cristiana 1. Orientaciones para el Catecumenado de los adultos* (1997), nn. 40-41.

4 E. ALBERICH, *Para una pastoral catecumenal* (Dispensa escrita a mano).

5 SEKRETARIAT DER DEUTSCHEN BISCHOFSKONFERENZ, *Katechese in veränderter Zeit*, Bonn 2004; trad. es.: *Obispos Alemanes, La catequesis en un tiempo de cambios*, en *El Reino-Documentos* 50 (2005) 173-182; pág. 174.

El anuncio bajo el signo del «ofrecimiento» –es decir, del testimonio franco y comprometido de la fe en la sociedad actual– debe concentrarse en lo esencial y aclarar la relación con el núcleo del mensaje. Es necesario responder a estas dos preguntas: «¿Por qué está bien que haya cristianos en esta sociedad?», y en el ámbito personal: «¿Qué me ofrece para mi vida –y para mi muerte– el hecho de aceptar y vivir la fe cristiana?». Por eso, hoy la tarea fundamental es poder sostener el argumento y la respuesta a partir de la esperanza que nos realiza en plenitud; es necesario hacer elemental la transmisión de la fe.

En cada intento de expresión de la fe debe emerger claramente la profunda convicción de que Dios sostiene nuestra realidad y nuestra vida. El núcleo de cada iniciativa es la proclamación del Dios vivo que ha venido a nosotros en Jesucristo como su Palabra, y así lo atestigua la Biblia. Hoy esta proclamación comienza a menudo como testimonio y ayuda para una relación personal con Dios: dada la desaparición de los apoyos ofrecidos hasta ahora por la sociedad, este testimonio asume una importancia creciente para la transmisión de la fe. Este trasfondo pone «hoy un nuevo desafío al anuncio misionero»; la dimensión misionera de ser Iglesia adquiere nueva importancia. Esto comporta algunas consecuencias para la transmisión de la fe. El documento desea ofrecer una contribución al respecto. Inspirándose en el Catecumenado de los adultos, presenta aproximaciones y perspectivas que pueden ayudar a comprender las nuevas exigencias en un tiempo de profundos cambios. Se delinea la situación social y eclesial que requiere un cambio. Como modelo se presenta el Catecumenado con sus elementos esenciales.

Los itinerarios de fe de los jóvenes y de los adultos no bautizados tienen valor de testimonio para el futuro del cristianismo en una sociedad pluralista. La fe no se hereda simplemente y luego se transmite: debe ser también descubierta personalmente por el individuo, que tiene que hacerla propia y elegir conscientemente la *sequela Christi*.

La orientación específica de la catequesis al Catecumenado de los adultos se dirige hacia las propiedades fundamentales del itinerario del aprendizaje de la fe:

- una orientación coherente con la persona y con la historia de su vida;
- el acompañamiento por parte de un grupo de Catecumenado como signo para toda la comunidad de la Iglesia;

- la orientación hacia el mensaje de la fe según las Sagradas Escrituras y el desarrollo del año litúrgico;
- la relación entre el trabajo personal íntimo en la comunidad de fe y la celebración de la fe y los pasos litúrgicos en el camino del Catecumenado.

La tarea misionera ya clara de la Iglesia, incluso en Alemania (en la Alemania oriental los cristianos constituyen una minoría en vías de extinción, en una verdadera situación de diáspora), requiere superar la orientación unilateral de la catequesis a los niños y a los jóvenes. El Catecumenado de los adultos es y siempre ha sido un impulso para reconsiderar la situación de los adultos.

5.2 Austria. Los signos de los tiempos en el mundo de hoy (2012)

¿Frente a qué desafíos –transformados– nos encontramos para cumplir el mandamiento de anunciar el Evangelio? Se lo preguntan los obispos austriacos en el documento *Anuncio y nueva evangelización en el mundo de hoy*⁶. ¿De qué modo es necesario renovar la evangelización como respuesta a las características de la sociedad actual?, ¿cómo debe ser esta evangelización «inculturizada» o configurada de modo intercultural? El diagnóstico que proponen es muy articulado, aprovechando los signos de un fuerte cambio social combinado con una nueva demanda de espiritualidad.

5.2.1 Atención a las biografías individuales

Una sociedad centrada en el individuo espera un acercamiento, tan individual como le sea posible, a la persona, a su situación, a su biografía. Una sociedad pluralista requiere un pluralismo en el anuncio: sus contenidos, su estilo y su espiritualidad deben corresponder a las personas de las que se trata aquí y ahora. Es necesario descubrir nuevos lugares, ocasiones, puntos de apoyo, precisamente allí donde las personas están y viven, tienen preguntas, buscan respuestas y sentido, quieren ir a la raíz de sus experiencias. Cabe destacar el hecho de que se hagan cada vez más a menudo preguntas éticas, por ejemplo respecto a la responsabilidad por el ambiente, la economía, la bioética, etc. Esto tiende puentes hacia todos «los hombres de buena voluntad» que se encuentran ante los mismos temas, y en ocasiones de ello se derivan

⁶ ÖSTERREICHISCHE BISCHOFSKONFERENZ, *Verkündigung und neue Evangelisierung in der Welt von heute*. El documento aprobado por los obispos austriacos en el curso de su asamblea general del 19 al 22 de marzo de 2012. Trad. es.: Conferencia Episcopal Austriaca, *Anuncio y nueva evangelización en el mundo de hoy*. Bolonia, Dehoniane 2013.

puntos comunes para preguntas religiosas, para contactos, para relaciones... Esto obliga también a desarrollar un lenguaje que afronte el mundo experiencial de la persona hoy y que, al mismo tiempo, permanezca fiel al mensaje cristiano.

5.2.2 *Espiritualidad y estética*

Se percibe un deseo espiritual y un interés bastante general por la religiosidad en muchas personas que, sin embargo, no encuentran prácticamente en la Iglesia puntos comunes que supongan un desafío y los comprometan. Y, sin embargo, habría muchas posibilidades de hacer accesibles los tesoros espirituales de la fe a través de lugares de experiencia y personas «espirituales».

Hoy los hombres se encuentran ante una gran variedad de proveedores y ofertas para los sentidos: las ofertas *wellness*, que prometen «más» que un simple bienestar; la gran variedad de cursos de meditación y prácticas esotéricas; incluso varias formas de consumismo que prometen, al menos a corto plazo, la satisfacción de profundos deseos y nostalgias.

Se puede estar convencido de tener «la mejor oferta», pero es necesario presentarla de modo que suscite interés... La sensibilidad por la estética, por las imágenes, se vuelve cada vez más importante (*iconic turn*). Gusto, estilo, diseño no son accesorios superficiales, sino que deben tenerse presentes incluso en el anuncio, como atestiguan muchos testimonios del arte y de la cultura de la Iglesia en el pasado. Al mismo tiempo deben encontrar un lugar, en el ámbito de la Iglesia, nuevas formas de expresiones estéticas que hablen a las personas de hoy, aun cuando a primera vista parezcan desconcertantes e insólitas.

5.2.3 *Nuevas aproximaciones a la religión*

Una marcada disminución del conocimiento de la fe impulsa a concentrarse en lo esencial y a exponerlo de forma esencial, es decir, a traer al primer plano las líneas basilares de la fe comunes a la jerarquía de la verdad. Con la «evaporización» del conocimiento de la fe, a menudo se han vuelto incomprensibles muchos conceptos religiosos y, en general, el lenguaje religioso tradicional. Pero nos «cala» solo aquello que nos toca, es decir, que nos estimula, lo que puede comprenderse.

Como consecuencia, el anuncio tiene como tarea formular sus mensajes con el lenguaje de los hombres de hoy.

5.2.4 Expectativas de calidad

Las personas están habituadas a ser interpeladas y a dialogar. Tienen puntos de vista, opiniones, preguntas, dudas, y a menudo las expresan muy directamente. Es importante hacer un espacio para esto, buscar el diálogo –tanto en las cuestiones extra eclesiales como a las internas de la Iglesia–, posicionarse con respeto, claridad y autoridad. De hecho, las personas no quieren solo recibir, sino también participar.

5.2.5 Relevancia de la fe en la vida

En una sociedad secularizada y cada vez más pragmática, la fe en cuanto tal, pierde importancia. Esta debe introducir continuamente su mensaje y su significado en la vida de las personas de modo argumentado, inteligente, creíble, con autoridad, testimonial y mostrar su importancia para la vida. Por eso se pretende cada vez más que el anuncio sea relevante para la vida. La pregunta central sería: ¿dónde está Dios en mi vida?, ¿cuál es su mensaje para mí, para nosotros? De ello se derivan consecuencias para la propia vida y para cuestiones de campos cada vez más numerosos.

5.2.6 Conciencia de libertad

El aspirar a la pertenencia y a las relaciones cambia. Hoy las personas buscan sobre todo relaciones no vinculantes, es decir, lazos «débiles» que puedan disolverse con facilidad para establecer otros nuevos. Sin embargo, en el momento de la pertenencia, esas relaciones son muy importantes, son una patria temporal. Esto significa que el presente cuenta más que las perspectivas futuras a medio o largo plazo.

El anuncio debe tener esto en cuenta para evitar falsas expectativas: no se debe pedir en cualquier lugar «un compromiso duradero» o pretender enseguida la constitución de grupos permanentes. En un primer momento debe haber un acompañamiento que sepa «dejar marchar» al otro cuando este último opta por otra cosa. Respecto a esto, cualquier simple paso común resulta significativo, pero se trata solo de un paso sobre un camino muy largo en cuyo desarrollo se vuelven importantes otros puntos eclesiales de contacto en otro lugar.

5.2.7 Tensiones entre religión y sociedad

En nuestra sociedad, la religión se ha privatizado cada vez más con la tendencia a excluirla de los lugares públicos. Se descuida la importancia de la religión para la configuración de la vida, se ideologiza y

sobreentendiendo la libertad religiosa como «libertad de la religión»; en ciertos lugares, incluso, se considera la religión como una amenaza.

Siempre existen tendencias sociales que se contraponen a la fe: desinterés, superficialidad, hedonismo, mero pragmatismo, pereza, ateísmo y mucho más. En estas tendencias no existen prácticamente puntos de contacto para el anuncio. Sin embargo, es importante mostrar el propio perfil y posicionarse, así como colaborar en la formación de la opinión pública.

Más allá de esto, queda siempre la vida propia, el testimonio del amor al prójimo y el compromiso por los «pobres», que pueden llamar la atención y estimular la reflexión.

6. Motivaciones

¿Quiénes son los «recién llegados»? En este cambio cultural y antropológico en Europa, las motivaciones que se encuentran en las «biografías» de aquellos que se acercan al cristianismo reflejan las preguntas existenciales que siempre están en el corazón del hombre, pero se combinan con experiencias personales y referencias eclesiales totalmente nuevas.

¿Quiénes son los «recién llegados»? En un tiempo de grandes transformaciones, dos hechos desafían nuestra conciencia: el primero revela que estamos en dificultades no solo de transmitir la fe, sino también de transmitir la vida con sus significados; el segundo nos presenta la realidad de nuevas personas que de modos diferentes se asoman a las puertas de nuestras comunidades y «piden» la fe. En el nuevo contexto social, culturalmente pluralista y multirreligioso, no se puede dar por descontada la transmisión de la experiencia creyente y de la doctrina esencial de la fe. Lo indica el extraordinario fenómeno de la presencia masiva de religiones y de estilos de vida bien diversos que ya inundan establemente el panorama de nuestras ciudades y de nuestros países.

La creciente secularización parece cuestionar también la transmisión de la fe. Muchas personas, incluso afirmando creer en Dios y cultivar una especie de religiosidad, están en ayunas sobre los elementos fundamentales de la fe cristiana. La identidad de la fe se ve amenazada: por razones culturales y religiosas, por razones civiles y sociales ligadas a la enorme movilidad, por las formas de relativismo ideológico que profesan una tolerancia vacía, por la rápida identificación de la fe con

algunos signos cristianos, por el fenómeno de la transformación de la fe en una especie de religión civil.

Hablamos, en particular, de los «recién llegados» a la fe, es decir, de personas que llaman a las puertas de las comunidades cristianas, de las asociaciones y de los movimientos, para pedir la fe y «refundar» una fe que consiste solo en un registro o se ha detenido en la primera formación en la iniciación cristiana para los sacramentos sin llegar a crecer hasta llegar a ser una fe madura.

En un momento dado, esta vuelve a encenderse en la vida adulta, sin tener, sin embargo, lenguajes y prácticas que sean compatibles con la vida de adultos. ¿Quiénes son estos «novicios» de la fe y de la Iglesia?, ¿qué piden, qué imagen de la Iglesia encuentran, cómo encuentran respuesta a sus preguntas? Podemos describir algunos tipos de situaciones humanas que se asoman a la puerta de la fe. La Conferencia Episcopal Italiana ha individualizado algunos itinerarios de vida que llevan a algunos bautizados al redescubrimiento de la fe cristiana, o a personas no cristianas a acercarse a Jesucristo.

«Cada itinerario de vida y de fe constituye una historia personal, única e irrepetible. Algunos bautizados que se han embarcado en una búsqueda de sentido de la vida fuera del cristianismo, tal vez en otras religiones o experiencias religiosas, desean comprobar si en la religión que les era familiar está la respuesta que han buscado en otras partes. Otros, a partir de llamadas que provienen de acontecimientos aparentemente casuales, en todo caso no programados, como una celebración litúrgica que les ha traído recuerdos lejanos, la lectura de un libro o una conversación, encuentran que despiertan en ellos interrogantes largo tiempo adormecidos y se dan cuenta de la necesidad de darles una respuesta definitiva.

También las experiencias de voluntariado pueden provocar un replanteamiento de los valores fundamentales de la propia existencia y, en algunos casos, pueden conducir a la elección de un compromiso cristiano. Precisamente de la cercanía y de la solidaridad hacia los pobres y hacia los últimos y de la dedicación al desarrollo integral de las personas, puede nacer la intención de dedicar la propia vida a Cristo en el servicio de la caridad. En la juventud se presentan momentos que pueden llegar a ser existencialmente significativos para una visión nueva de la vida: la búsqueda de un trabajo en el marco de incertidumbre sobre el propio futuro puede ayudar a tomar decisiones maduras; el inicio de la vida afectiva y la perspectiva de construir una familia abren un nuevo planteamiento y una visión más comprometida de la existencia y permiten descubrir el designio de Dios sobre el amor y sobre la propia vocación al servicio de los demás; la experiencia traumática de la soledad, del sufrimiento y de la muerte provoca preguntas significativas y causa convulsiones que a veces conducen

a la adquisición de valores duraderos y hacia estilos de vida especialmente comprometidos»⁷.

«La petición del bautismo de un hijo, así como la celebración de la confirmación o de la primera comunión, pueden interpelar a la conciencia de modo serio y decisivo, incluso cuando no pocas veces la petición está determinada por motivos de carácter familiar o de conveniencia social. En cualquier caso, estos eventos pueden abrir interrogantes sobre el sentido del sacramento y hacer reflexionar sobre la autenticidad de la motivación que ha originado la petición.

La decisión de celebrar el sacramento del matrimonio, frecuentemente ligada a la petición de recibir el sacramento de la confirmación, ofrece la oportunidad de descubrir y profundizar la hondura del proyecto de vida conyugal y familiar que surge de la fe y de transformar el camino hacia la boda en un verdadero itinerario de fe»⁸.

«La cercanía y el apoyo de un creyente pueden resultar determinantes para redefinir las propias razones de vida y la propia esperanza en algunos momentos existenciales problemáticos: una enfermedad personal o de un familiar, dificultades a nivel profesional, una crisis conyugal, un traslado imprevisto que cambia radicalmente la vida y las relaciones, y que puede desembocar en una dura experiencia de soledad, momentos de cansancio existencial, la muerte de una persona querida.

En estas circunstancias la persona puede experimentar crisis sin salidas, pero puede encontrar también una apertura hacia alguien que nos ama y a quien le importa nuestra vida. Salir de sí mismos, no dejarse morir por dentro, centrar la atención en el Absoluto que está “más allá” de mi persona: son posibles metas que transforman muchas búsquedas de sentido en búsquedas de Dios»⁹.

Muchos inmigrantes provenientes de países católicos, que después de haber vivido múltiples cambios ya sea familiares o laborales llegan a un lugar donde han encontrado la estabilidad, viven un tiempo «de calma», después de tanto sentirse fuera de su propia tierra y cultura, e inician un itinerario de vida que los lleva a reencontrar sus raíces religiosas católicas. La nueva condición a veces facilita la reanudación de la vida religiosa para sí mismos y para sus hijos.

7 CONSEJO EPISCOPAL PERMANENTE, *La iniciación cristiana 3. Orientaciones para el despertar de la fe y la culminación de la iniciación cristiana en la edad adulta* (2003), n. 10.

8 *Ibíd.*, n. 12.

9 *Ibíd.*, n. 13

7. Un ritual que camina con la Iglesia y con la humanidad

7.1 Perspectivas dadas por el RICA

El RICA, n. ofrece una contribución de pastoral catecumenal que expone los comportamientos de la Iglesia y de los cristianos hacia los «simpatizantes» y los «catecúmenos» adecuados para la atención a su vida concreta y a las nuevas situaciones. El Catecumenado lleva a comprender la pastoral de los inicios, acerca al nacimiento de la fe cristiana en Dios y a su desarrollo progresivo. Es una experiencia común: los catecúmenos son muy diversos por sus orígenes sociales, por edad, por educación y por experiencias humanas. Sin embargo, tienen un hecho común que los une: saben que no han llegado, sino que están en los inicios y desean progresar en la fe cristiana en Dios que reconocen como un don y un nuevo estilo de vida, hecho de compromiso y de responsabilidad.

Los catecúmenos nos obligan a valorar dos convicciones fundamentales.

- *La primera convicción:* los signos de Dios, de su presencia y de su acción, de su paciencia, no los producimos nosotros. Nos son donados. Dios no cesa nunca de llamar a la fe, para reconocer que Él es el primero que pone en nosotros su confianza. Todavía hoy Jesús suscita en el corazón de todos los hombres la fe y el amor.

Del encuentro personal con Él nace en cada uno la conciencia de la propia fragilidad y de la propia condición de pecador y, al mismo tiempo, la adhesión a su mensaje de salvación, con el deseo de difundirlo en el mundo.

- *La segunda convicción:* los catecúmenos le reclaman a la Iglesia que sea ella misma, no una institución que sobrevive, sino el Cuerpo viviente de Cristo viviente y resucitado, el seno fecundo que genera la «nueva» vida en Cristo.

Estas convicciones ponen de relieve algunos componentes de la fe cristiana.

La misma Iglesia se renueva profundamente.

En el siglo II, el escrito de un autor que podría ser el obispo de Roma y que se llama el Pastor de Erma, describía a la Iglesia bajo la semblanza

de una vieja mujer que rejuvenecía cada vez más mientras se acercaba a la fuente bautismal. Se trata de una visión. Pero, en cierto modo, la acogida de los catecúmenos y de los neófitos en nuestras comunidades parroquiales puede prolongar esta visión. En estos recién llegados a la fe cristiana son el Cuerpo de la Iglesia que está llamado a renovarse, a reencontrar aquella fecundidad escondida de la cual es capaz, más allá de las apariencias.

Existen en las comunidades fuerzas de inercia que frenan la puesta en marcha del Catecumenado. Las comunidades cristianas, de hecho, incluso aquellas vivas, permanecen a menudo centradas en sí mismas, presas de su gestión interna y ocupadas en la animación de sus miembros. Las comunidades cristianas no alcanzan a imaginar que otros puedan desear entrar en la comunidad, si se les diese la oportunidad.

En cualquier caso, sucede muy a menudo que no se hace nada ni se organiza acciones bien pensadas para suscitar, acoger y acompañar a los nuevos creyentes. Es necesario que se abran espacios para que puedan nacer y tomar forma. «Allí donde los catecúmenos existen y actúan –constataba Henri Bourgeois– hay catecúmenos y gente que comienza de nuevo: allí donde falta la institución catecumenal o es pasiva, los catecúmenos son raros y aquellos que comienzan de nuevo solo lo son virtualmente».

Madeleine Delbrêl comprendió a Ivry, en un barrio obrero y marxista, que la no creencia era una circunstancia favorable para nuestra conversión y para un testimonio de la novedad de Dios en un mundo aparentemente olvidado de Dios. Comprendió un elemento esencial de la evangelización y, por lo tanto, de la iniciación cristiana: la relación íntima, constitutiva, fraterna entre Cristo y los cristianos: «El Evangelio no se anuncia de verdad sino cuando se reproduce entre los cristianos y los demás el “corazón a corazón” del cristiano con el Cristo del Evangelio. Sin embargo, nada en el mundo nos dará la bondad de Cristo sino el mismo Cristo. Nada en el mundo nos dará el acceso al corazón de nuestro prójimo sino el hecho de haber dado a Cristo el acceso al nuestro».

Las palabras que pueden resumir las orientaciones para un crecimiento del Catecumenado en la pastoral parecen ser: *acogida, acompañamiento, participación y corresponsabilidad*.

7.1.1 *Acogida*

La Iglesia se hace «madre» de todos aquellos que han comenzado a expresar signos de interés por la palabra del Evangelio, «los abraza como

suyos», dice el Concilio Vaticano II (LG, n. 2, 14) y estos podrán gozar de los cuidados maternos que responden a sus necesidades vitales. Esta acogida, esta familiaridad, esta apertura del corazón y de la casa se expresa con las palabras que San Agustín dirigía a su comunidad para que fuese capaz de acoger a los nuevos hermanos y ofrecer el Evangelio. Aquellos que se abren a la palabra de Cristo «señalados con la cruz de Cristo» sobre la frente, incluso si no se sientan alrededor de la mesa, son de nuestra familia, son «de la casa de Cristo», «*de dono Christi sunt*».

Concretando:

- Es necesario reconocer la existencia del catecúmeno en la Iglesia de tal forma que se le asegure la posibilidad de tener un adecuado sostén en su camino de fe¹⁰.
- La comunidad cristiana parroquial requiere una profunda maduración para vivir la experiencia de su vida litúrgica como un gran lugar educativo que acompaña y forma a los cristianos en el misterio pascual de Cristo. El itinerario catecumenal busca hacer que el creyente se disponga a ser iniciado –«hecho cristiano»– a través de un acto que es un acto gratuito de Dios, mediado por la acción ritual de la Iglesia que celebra. Los gestos litúrgicos que marcan el Catecumenado hacen que el candidato, mientras recorre el itinerario que lo conduce al bautismo, advierta que la posibilidad misma de llegar a la celebración sacramental le viene dada por aquel que ha suscitado su camino de conversión y lo acompaña continuamente.

En otras palabras: el hecho de que la dimensión litúrgica atraviese todo el itinerario catecumenal muestra que, en cierto modo, el momento sacramental no sobreviene únicamente al final del camino, sino que constituye, por decirlo así, el «esqueleto» estructural; en este sentido, no está fuera de lugar considerar el Catecumenado como «el despliegue cronológico» de la acción bautismal, mientras los gestos rituales que lo marcan se pueden definir como «etapas» del bautismo.

El cardenal Ratzinger escribía:

«Este concepto tiene una importancia relevante: por una parte, el Catecumenado es algo muy distinto de una simple instrucción religiosa, es parte de un sacramento: no una enseñanza a priori, sino un elemento

10 CÓDIGO DE DERECHO CANÓNICO, en su canon 788 párrafo 3, afirma: «Corresponde a las Conferencias Episcopales publicar unos estatutos por los que se regule el Catecumenado, determinando qué obligaciones deben cumplir los catecúmenos y qué prerrogativas se les reconocen». Se trata de determinar no solo la organización del Catecumenado, sino también el estado jurídico del catecúmeno, determinando las obligaciones y, de modo análogo a aquel usado por el can. 206, las prerrogativas.

integrante del sacramento mismo; por otra parte, el sacramento no es una mera acción litúrgica, sino un proceso, un largo camino que exige todas las fuerzas del hombre, entendimiento, voluntad, sentimiento. La división ha tenido también aquí efectos funestos; ha llevado a la ritualización del sacramento y a la doctrinalización de la palabra y con esto ha ocultado una unidad que pertenece a los datos fundamentales del cristiano»¹¹.

Pensar los itinerarios como espacios de acompañamiento en la fe y no solo como una precipitada organización jurídica y una acción litúrgica ceremonial limitada. Esto exige en las comunidades parroquiales una profunda transformación para que sean y se muestren como lugares de acogida, de diálogo, de discernimiento y de iniciación al misterio de Cristo. Otra elección pastoral es la centralidad del año litúrgico, que pone el acento sobre la importancia de caminar en comunión con toda la Iglesia y relaciona el camino de *iniciación* con los misterios de la vida de Cristo.

7.1.2 Acompañamiento

El compromiso de la comunidad de acompañar hacia Cristo es una verdadera y real «llamada de mediación» dirigida a cada bautizado. El discípulo de Jesús no puede descuidar ninguna ocasión para favorecer las mejores condiciones para que la cita con el Señor de la vida y de la Historia se haga realidad para cada hombre: cita importante, cargada de sentido, capaz de cambiar la vida, de transformar toda la existencia de quien está en busca de razones y de una esperanza para vivir.

- *Acompañamiento* requiere la debida y responsable preparación de los acompañantes adultos, no como simples expositores de una doctrina, sino como creyentes en diálogo con adultos abiertos a la palabra salvífica del Evangelio¹².
- *Acompañamiento* significa poner en marcha itinerarios capaces de acoger muchos catecúmenos, que a menudo son los «pobres»: pobres en inteligencia para una búsqueda demasiado costosa; pobres en disponibilidad de tiempo, porque su vida está absorbida por muchas dificultades; pobres porque no son sostenidos adecuadamente por la comunidad cristiana que es «pobre» en testimonios auténticos.

11 J. RATZINGER, «Bautismo, fe y pertenencia a la Iglesia», en *Communio* (1976) 27, 22-39; aquí p. 31.

12 *Ibid.*: «Ante todo, el momento de la enseñanza, un proceso de aprendizaje en el que se consideran y asimilan los contenidos esenciales de la fe cristiana. Por eso, se desarrolló en relación con el Catecumenado el status de los maestros, a quienes correspondía la reflexión sobre la fe y el hacerla comprensible en cada momento como respuesta a las preguntas humanas».

- *Acompañamiento* significa cercanía en el tiempo de la «mistagogia», de los primeros tiempos vividos en la comunidad cristiana. El paso a la comunidad eclesial siempre es delicado de efectuar. ¿Qué está en juego en este paso? A los nuevos bautizados se les conoce, según un término tomado de la denominación antigua de la Iglesia, como los «neófitos» o «nuevas semillas»; es un vocablo que evoca al mismo tiempo fragilidad y novedad. El nuevo bautizado necesita tiempo y cuidados para llegar a ser lo que es, para tomar la medida del paso que apenas ha dado y para adaptarse como piedra viva en la comunidad cristiana. Todavía tiene muchas cosas que aprender de la familia en la cual entra, de su historia, de la Biblia, de la oración, de la liturgia, de la vida en la Iglesia¹³.

Hay algo seguro, todos han vivido su bautismo, celebrado en la comunidad parroquial, como un inicio; y han confiado en la Iglesia para el seguimiento de su camino. Algunos transmiten su alegría de participar en una vida eclesial fecunda: no todos ellos llegan a ser «militantes», pero se encuentran bien situados en su parroquia y han encontrado su lugar.

Otros viven una inserción difícil, frágil. Se sienten ajenos a la mentalidad de los «viejos» cristianos y tienen la sensación de molestar.

Algunos se separan. Algún otro que se sentía perdido en su parroquia, se deja tentar por un grupo más caluroso, menos anónimo, y entra en una secta.

A veces una catequesis demasiado apresurada, una fe poco vivida, no tienen peso frente a algunos sucesos dolorosos de la vida diaria que ponen todo en entredicho (paro, problemas familiares, etc.).

Otras veces, la indiferencia de las comunidades cristianas, demasiado encerradas en sí mismas, crea dificultades.

En general, la tasa de perseverancia de los neófitos, nos cuestiona. ¿Cómo responder mejor a las expectativas de los recién llegados a la fe? Este es un desafío relevante para la Iglesia. Todo esto anima a los recién llegados y a las comunidades cristianas a vivir un doble movimiento de acogida y de don, en una apertura recíproca, de tal modo que juntos puedan dar testimonio profético de la fe en Cristo Jesús.

13 *Ibidem*, pp. 31-32: «Existe, sin embargo, un capítulo importante en el que la enseñanza abandona su carácter puramente doctrinal; la fe cristiana es también un ethos. [...] Solo quien se familiariza con la hospitalidad de los cristianos [...] puede conocer su comunidad fraterna como lugar de la verdad. Sólo quien aprende a Jesús como camino puede encontrarlo también como verdad».

7.1.3 Participación y corresponsabilidad

El camino iniciado juntos en la comunidad, la inserción que se completa mediante los sacramentos, no podemos pensar en interrumpirlo una vez recibidos, casi como arrojando al neófito en un anonimato eclesial, fruto quizás de un anonimato que ya se había manifestado durante el Catecumenado.

La mistagogia es el tiempo de la estructuración de las relaciones eclesiales y espirituales. Deben ser consolidados los lazos comunitarios, se trata de dar cotidianidad a la acogida.

«Concluida la etapa precedente, la comunidad juntamente con los neófitos progresa, ya con la meditación del Evangelio, ya con la participación de la eucaristía, ya con el ejercicio de la caridad, en la percepción más profunda del misterio pascual y en la manifestación cada vez más perfecta del mismo en su vida. Esta es la última etapa de la iniciación, a saber el tiempo de la mistagogia de los neófitos» (RICA, n. 37).

«La posterior frecuencia de sacramentos, así como ilumina la inteligencia de las sagradas Escrituras, hasta tal punto acrecienta la ciencia de los hombres y redanda en la experiencia de la comunidad, que hace más fácil y provechoso a los neófitos el trato de los demás fieles. Por esto, la etapa de la «Mistagogia» tiene gran importancia para que los neófitos, ayudados por los padrinos, traben relaciones más íntimas con los fieles y les enriquezcan con la renovada visión de las cosas y con un nuevo impulso» (RICA, n. 39).

En el contexto pastoral es necesario desarrollar no solo una mistagogia de los ritos, sino también una mistagogia de la vida cotidiana, es decir, el arte de conducir en la vida humana para descubrir la apertura del Evangelio, los llamamientos a la gracia de los que está lleno, la presencia ya operante del Espíritu. «El pueblo de Dios representado por la Iglesia local, [...] esté, pues, muy preparado y dispuesto, siguiendo su vocación apostólica, para ayudar a los que buscan a Cristo» (RICA, n. 41).

La iniciación nos introduce en una comunidad de salvación, en la Iglesia, donde se es llamado a vivir la propia historia en conformidad con Cristo. La Iglesia congrega a los hombres para ponerlos en comunión con Cristo Salvador y Señor; no los acapara, no los aísla, no los aparta de la situación humana, sino que los acoge porque lo piden y vienen, respondiendo a su propuesta, para que se comprometan con ella a anunciar y a realizar el Reino de Dios en el mundo, los respeta, los renueva y los introduce en el movimiento inaugurado por Cristo.

7.2 Exigencias actuales para una reforma del RICA

El RICA, sin embargo, necesita dar un nuevo «paso» hacia las instancias culturales, antropológicas y litúrgicas presentes ahora en las comunidades cristianas. Este paso adelante tiene relevancia en tres aspectos.

7.2.1 La conversión inicial

Pre-evangelización, evangelización, anuncio, son palabras que deben ser conjugadas mejor para acompañar los primeros intereses hacia la palabra de Jesús, fruto del Espíritu Santo. Los catecúmenos son guiados hacia una conversión inicial (¡Pablo habla de leche espiritual para alcanzar después, como «fieles», la comida sólida!). Junto a la escucha inicial de la Palabra, muchos tienen necesidad de aprender a dialogar con Dios mediante la Palabra. Es salir de un soliloquio, que se transforma en un pensamiento sobre sí mismo, para transformar la Palabra escuchada en motivo de diálogo con Dios a través de la propia vida.

7.2.2 Riqueza y esencialidad de los ritos

El ritual ofrece muchas posibilidades (bendiciones, escrutinios, exorcismos, que acompañan al tiempo de Catecumenado), pero se nota la falta de ritos que permitan comprender a la misma comunidad cristiana su camino de participación responsable en el crecimiento en la fe de los catecúmenos e indiquen que, precisamente a través de los ritos celebrados comunitariamente, la comunidad se transforma, crece y se consolida en la fe: esta no es espectadora o un simple testigo del itinerario de otros.

7.2.3 Mistagogia y liturgia que incluya a la comunidad y a la humanidad

Escasa es la propuesta ritual para la mistagogia, tiempo que debe sostener los primeros pasos, frágiles e insidiosos, de aquellos que se insertan en las comunidades parroquiales.

No basta un rito de nueva entrega de la vestidura blanca, sino que se trata de predisponer, en el marco de la mistagogia, un acompañamiento para replantar y enriquecer, celebraciones que lleven a la experiencia sacramental de la eucaristía y del sacramento de la penitencia, además de abrir a la participación caritativa y misionera de la comunidad cristiana. La mistagogia supone la participación en las asambleas litúrgicas, porque es la comunidad cristiana la que «inicia» en plenitud en la vida cristiana. Esta es «portadora». Los neófitos deben poder rezar y ser conducidos a la oración a partir de la acción litúrgica, y no al margen o con ocasión de la oración litúrgica. La celebración litúrgica no puede

estar atenta solo a la necesaria ritualidad de la Iglesia, sino que debe hacer sentir lo que constituye la carne viva de la Iglesia: la fraternidad. La situación de los neófitos es una novedad y una fragilidad.

Fragilidad porque la joven planta no es todavía el árbol en la estación de los frutos, y trasplantarla es siempre delicado. Es necesario encontrar un terreno favorable para el enraizamiento y ofrecer los cuidados apropiados. Si el nuevo bautizado, cristiano a título pleno, es considerado en primer lugar como un neófito, es porque tiene necesidad de tiempo y de cuidados para llegar a ser lo que es, para tomar la medida del paso que apenas ha dado y adaptarse como piedra viva en la comunidad cristiana. Tiene todavía muchas cosas que aprender de la familia en la cual ha entrado: su historia, la Biblia, la oración, la liturgia, la vida en la Iglesia.

Fragilidad, pero también *novedad* de vida como creyente que necesita aprender a conducirse durante el tiempo ordinario. El neófito encontrará antes o después tiempos de aridez, de combate espiritual, de soledad que no sabrá gestionar solo. Su primera expectativa es participar en una comunidad de fe viva, que respete todo lo que él es: un adulto que ha llegado libremente a la fe, con un pasado, con relaciones y una solidaridad que a menudo van más allá de la Iglesia y de las que no pretende renegar.

Para él, encontrar su lugar en la Iglesia no quiere decir simplemente entrar en un estilo de vida previamente definido, caer en una forma preestablecida, sino, sobre todo, aportar su propio carisma. A veces los catecúmenos se desconciertan por la vida comunitaria que descubren. El anonimato de las asambleas y la incoherencia de los cristianos en sus palabras y comportamientos, no son las menores críticas que se escuchan.

8. Conclusiones

Me complace concluir con una expresión recogida durante un encuentro internacional sobre el Catecumenado: la imagen de los catecúmenos como «exploradores». Recordando a los exploradores enviados por Josué para descubrir la tierra prometida que se encontraba más allá del Jordán, los catecúmenos son como «exploradores», que se introducen en una «tierra nueva» para nuestras Iglesias occidentales, impulsando una Iglesia misionera.